

PLAN NACIONAL
DEL LIBRO Y LA LECTURA
José de la Cuadra



¡LEER ENCIENDE
TU IMAGINACIÓN!

Educación General Básica
Sexto grado
Lengua y Literatura

PLAN NACIONAL
DEL LIBRO Y LA LECTURA
José de la Cuadra



¡LEER ENCIENDE
TU IMAGINACIÓN!

Educación General Básica
Sexto grado
Lengua y Literatura

Blancanieves (fragmento)

Roald Dahl

Cuando murió la madre de Blanquita dijo su padre, el Rey: “Esto me irrita. ¡Qué cosa tan pesada y tan latosa! Ahora tendré que dar con otra esposa...” —Es, por lo visto, un lío del demonio para un Rey componer su matrimonio—.

Mandó anunciar en todos los periódicos: “Se necesita Reina” y, muy metódico, recortó las respuestas que en seguida llegaron a millones... “La elegida ha de mostrar con pruebas convincentes que eclipsa a cualquier otra pretendiente”.

Por fin fue preferida a las demás la señorita Obdulia Carrasclás, que trajo un artefacto extraordinario comprado a algún exótico anticuario: era un espejo mágico parlante con marco de latón, limpio y brillante, que contestaba a quien le planteara cualquier cuestión con la verdad más clara. Así, si, por ejemplo, alguien quería saber qué iba a cenar en ese día, el espejo le decía sin tardar: “Lentejas o te quedas sin cenar”.

El caso es que la Reina, que Dios guarde le preguntaba al trasto cada tarde: “Dime Espejito, cuéntame una cosa: de todas, ¿no soy yo la más hermosa?”.

Y el cachivache siempre: “Mi Señora, vos sois la más hermosa, encantadora y bella de este reino. No hay rival a quien no hayáis comido la moral”.

La Reina repitió diez largos años la estúpida pregunta y sin engaños le contestó el Espejo, hasta que un día Obdulia oyó al cacharro que decía: “Segunda sois, Señora. Desde el jueves es mucho más hermosa Blancanieves”.

Su majestad se puso furibunda, armó una impresionante barahúnda y dijo: “¡Yo me cargo a esa muchacha! ¡La aplastaré como a una cucaracha! ¡La despellejaré, la haré guisar y me la comeré para almorzar!”.

Tomado de <https://bit.ly/2UMi81C> (12/11/2017)

Roald Dahl (1916-1990). Escritor inglés de textos infantiles. Sus libros están hechos de fantasía y de mucha imaginación, son una buena mezcla entre lo cómico y lo grotesco.

Historia de un rapto entre ogros (fragmento)

J. Desparmet

El rey de los ogros tenía un hijo que se introdujo en casa de una ogresa para raptar a su hija. Cuando él se presentó en casa de la ogresa, esta no le reconoció, porque había tomado la forma de un caballo, y como a la ogresa le gustaba mucho la carne de caballo, se puso muy contenta de poder apoderarse de la bestia, atándola a la puerta de su casa. Pero cuando regresaron sus siete hijos —siete hijos muy valientes, a los que debe añadirse el padre, que hacía ocho—, ellos sintieron el olor del hijo del rey de los ogros, y dijeron:

—Madre, aquí huele a ghul.

—No, hijos míos, solo es este caballo.

—Bah, este caballo es un ogro —dijo el hijo mayor.

La hija de la ogresa se llamaba Lunja: la tenían escondida bajo siete velos. Entre todas las ogresas no existía una belleza semejante. Sus siete hermanos la custodiaban celosamente y todas las mañanas, apenas se despertaba, iban a saludarla antes de salir a cazar.

Una noche, el hijo del rey de los ogros esperó a que los siete hermanos, cansados por haber estado cazando todo el día, se quedasen dormidos como su padre y su madre, y cuando desde lo hondo de su panza oyó ladrar a los perros, maullar a los gatos y gritar a los hombres, abandonó su aspecto de caballo y tomó la forma de un árbol. Desde la copa de este árbol podía ver a toda la familia profundamente dormida. Recobró, entonces, su aspecto verdadero y entró en la alcoba de Lunja.

—Ven —le dijo—. Te llevo conmigo.

—Pero mañana por la mañana, cuando mis hermanos vengán a saludarme, ¿qué sucederá cuando no me encuentren?

—Yo te enseñaré lo que tienes que hacer. Escupe nueve veces, y cuando tu padre te llame, el primer salivazo contestará por ti. Cuando le toque el turno a tu madre, el segundo salivazo dará la respuesta por ti, y del mismo modo los otros siete salivazos responderán a tus siete hermanos.

Entonces, el hijo del rey de los ogros, por medio de un conjuro, llamó a uno de sus súbditos; este se deslizó en la alcoba bajo la forma de un serpentón. El Príncipe le dijo:

—Quiero que llesves a esta ogresa a mi palacio.

Aquel se transformó inmediatamente en un caballo que se llevó a la joven, cubierta por los siete velos.

A la mañana siguiente, el padre se despertó primero y llamó a su hija:

—¿Cómo te encuentras hoy, Lunja?

—Estoy muy bien, padre mío.

Poco después su madre, y luego los hermanos le hicieron otras preguntas, y los salivazos que la joven había dejado en la alcoba iban respondiendo por ella.

Pero al llegar la noche, cuando todos regresaron a la casa, ninguno recibió respuesta a sus preguntas. Entonces el padre se transformó en rayo, y el hermano mayor en relámpago y ambos partieron en busca de Lunja.

Sin embargo, el hijo del rey de los ogros conocía aquella transformación y sabía que el padre se escondía bajo la forma del rayo y el hijo bajo la forma de un relámpago, y dio orden al ogro que se había llevado a Lunja de hacer salir a sus batallones de ogros.

Así pues, cuando el padre y el hermano de Lunja llegaron al castillo donde se encontraba la joven, se encontraron con las tropas enemigas desplegadas, como si el hijo del rey estuviera muerto y aquel fuese el día de sus funerales. Ambos, a la vez, rápidamente, abandonaron la forma de rayo y de relámpago, y recobraron su aspecto normal, entrando al palacio del hijo del rey de los ogros. El padre de Lunja empezó a informarse:

—¿Es que el hijo del rey últimamente ha hecho algún viaje?

—¿Ha estado enfermo y ha muerto de repente?

—Hace más de un mes —le dijeron—, que padecía una grave enfermedad.

Tomado de Varios autores. (2007). *Leer x leer*. Textos para leer de todo, mucho y ya. Buenos Aires: Editorial Universitaria.

J. Desparmet. Recopilador de cuentos de ogros musulmanes recogidos de la tradición oral.

Donald

Daniel Salzano

Walt Disney (1901-1966), dibujante instruido en una granja, se plantó en el otoño de 1919 en California con un block repleto de ideas para la animación cinematográfica. La pinta de Disney no gustó excesivamente (de dónde había sacado que un dibujante debía fumar en pipa, dejarse los bigotes y usar sacos a cuadros), pero su primer muñeco, el conejo Oswald, dio capote. Y tanto, que su posterior explotación desencadenó una batalla judicial en la que los ceros verdes circulaban como tiros sin que ninguno acabara en el bolsillo del dibujante.

Así murió Oswald y nació Mickey, ratón aporteñado de patas flacas y botones de nácar que acabaría convertido en la piedra angular sobre la que Disney elaboraría su discurso y levantaría su imperio, Disneylandia.

El cuarto de hora de Mickey duró desde 1928 a 1934, año en el que su empuje comercial comenzó a decrecer y la cola de acreedores se volvió más larga que la de deudores.

Había sonado la hora de encontrarle un reemplazante.

En esta parte del relato entra a tallar la interpretación psicoanalítica. Y es que Disney estaba tan profundamente ligado a su ratón (¡el hijo perfecto!), que interpretó su desplazamiento como un delito de alta traición. Y fue seguramente (¿seguramente?) por esto que el personaje que ideó en su reemplazo le salió como si fuera su enemigo. Un tipo que no podía triunfar en nada. La cara opuesta del Mickey obediente, disciplinado y ganador.

Estamos hablando de Donald, claro, palmípedo vago, vehemente, desordenado, camorrero y perdedor que en su primera aparición cinematográfica (el 9 de junio de 1934) se negaba rotundamente a trabajar utilizando un pretexto que ya pertenece a la Historia: “¿Quién? ¿Yo? ¡No! ¡A mí me duele la barriga!”.

Han transcurrido sesenta años desde entonces y aún perdura la polémica.

Jean Cocteau decía que a los norteamericanos se los podía dividir en dos: los hinchas de Mickey y los hinchas de Donald. A los primeros les firmaba un autógrafo. A los otros los trataba como amigos.

Tomado de Salzano, D. (2007). *Leer X leer*, Textos para leer de todo, mucho y ya. Buenos Aires: Editorial Universitaria de Buenos Aires.

Daniel Salzano (1941-2014). Escritor, poeta y periodista argentino. Sus poemas fueron publicados en diversas revistas literarias. Fue ganador de varios premios. Escribió *El muchacho que no sabía llegar al fondo de las cosas*, *Llévame volando a la luna*, *El es-padachín mayor de la ciudad*, *Revólver*, entre otras obras.

El tamborilero mágico

Gianni Rodari

Érase una vez un tamborilero que volvía de la guerra. Era pobre, pues solo tenía un tambor. A pesar de esto, estaba contento porque volvía a casa después de tantos años. Se le oía tocar desde lejos: barabán, barabán, barabán...

Andando y andando encontró a una viejecita.

—Buen soldadito, ¿me das una moneda?

—Abuelita, si tuviese, te daría dos, incluso una docena. Pero no tengo.

—¿Estás seguro?

—He rebuscado en los bolsillos durante toda la mañana y no he encontrada nada.

—Mira otra vez, mira bien.

—¿En los bolsillos? Miraré para darte gusto. Pero estoy seguro de que... ¡Vaya! ¿Qué es esto?

—Una moneda. ¿Has visto cómo tenías?

—Te juro que no lo sabía. ¡Qué maravilla! Toma, te la doy de buena gana porque debes necesitarla más que yo.

—Gracias soldadito —dijo la viejecita—, y yo te daré algo a cambio.

- ¿En serio? Pero no quiero nada.
—Sí, quiero darte un pequeño encantamiento. Será este: siempre que tu tambor redoble todos tendrán que bailar.
—Gracias abuelita. Es un encantamiento verdaderamente maravilloso.
—Espera, no he terminado: todos bailarán y no podrán pararse si tú no dejas de tocar.
—¡Magnífico! Aún no sé lo que haré con este encantamiento, pero me parece que me será útil.
—Te será utilísimo. Adiós soldadito.
—Adiós, abuelita.

Y el soldadito reemprendió el camino para regresar a casa. Andando y andando... De repente, salieron tres bandidos del bosque.
—¡La bolsa o la vida!
—¡Por amor de Dios! ¡Adelante! Cojan la bosa, pero les advierto que está vacía.
—¡Manos arriba o eres hombre muerto!
—Obedezco, obedezco, señores bandidos.
—¿Dónde tienes el dinero?
—Lo que es por mí, lo tendría hasta en el sombrero.
Los bandidos miran en el sombrero: no hay nada.
—Por mí lo tendría hasta en la oreja.
Miran en la oreja: nada de nada.
—Os digo que lo tendría incluso en la punta de la nariz, si tuviera.
Los bandidos miran, buscan, hurgan. Naturalmente no encuentran ni siquiera una perra chica.
—Eres un desarrapado— dice el jefe de los bandidos—. Paciencia. Nos llevaremos el tambor para tocar un poco.
—Cogedlo —suspira el soldadito—; siento separarme de él porque me ha hecho compañía durante muchos años. Pero si realmente lo queréis..
—Lo queremos.
—¿Me dejaréis tocar un poquito antes de llevároslo? Así os enseñó cómo se hace, ¿eh?
—Pues claro, toca un poco.
—Eso, eso —dijo el tamborilero— yo toco (brabán, barabán, barabán) ¡y vosotros bailáis!

Y había que verles bailar a esos tres tipejos. Parecían tres osos de feria. Al principio se divertían, reían y bromeaban.

—¡Ánimo, tamborilero! ¡Dale al vals!

—¡Ahora la polea, tamborilero!

—¡Adelante con la mazurca!

Al cabo de un rato empiezan a resoplar. Intentan pararse y no lo consiguen. Están cansados, sofocados, les da vueltas la cabeza, pero el encantamiento del tambor les obliga a bailar, bailar, bailar...

—¡Socorro!

—¡Bailad!

—¡Piedad!

—¡Bailad!

—¡Misericordia!

—¡Bailad, bailad!

—¡Basta, basta!

—¿Puedo quedarme el tambor?

—Quédatelo... No queremos saber nada de brujerías...

—¿Me dejaréis en paz?

—Todo lo que quieras, basta con que dejes de tocar.

Pero el tamborilero, prudentemente, solo paró cuando les vio derribarse en el suelo sin fuerzas y sin aliento.

—¡Eso es, así no podréis perseguirme!

Y él, a escape. De vez en cuando, por precaución, daba algún golpecillo al tambor. Y enseguida se ponían a bailar las liebres en sus madrigueras, las ardillas sobre las ramas, las lechuzas en los nidos, obligadas a despertarse en pleno día...

Y siempre adelante, el buen tamborilero caminaba y corría, para llegar a su casa...

Tomado de Rodari, G. (1989). *Cuentos para jugar*. México: Alfaguara.

Gianni Rodari (1920-1980). Comunicador y escritor italiano. Sus cuentos infantiles se caracterizan por el humor, la fantasía y la imaginación.

Sobre el libro cerrado

Michael Ende

“Me gustaría saber”, se dijo “qué pasa realmente en un libro cuando está cerrado. Naturalmente, dentro hay solo letras impresas sobre el papel, pero sin embargo... algo debe pasar, porque cuando lo abro aparece de pronto una historia entera. Dentro hay personas que no conozco todavía y todas las aventuras, hazañas y peleas posibles... y a veces se producen tormentas en el mar o se llega a países o ciudades exóticos. Todo eso está en el libro de algún modo. Para vivirlo hay que leerlo, eso está claro. Pero está dentro ya antes. Me gustaría saber de qué modo”.

Tomado de <https://bit.ly/2Hyqp6g> (14/03/2019)

Michael Ende (1929-1995). Escritor alemán de literatura fantástica y ficción para niños. Sus obras más conocidas son de novela fantástica, como *La historia interminable*, *Momo* y *Jim Botón y Lucas el maquinista*.

Fantasma sensible

Lieu Yi-king

Un día, cuando se dirigía al excusado, Yuan Tche-yu fue protagonista de un hecho singular. A su lado surgió un fantasma gigantesco, de más de diez pies de altura, de tez negra y ojos inmensos, vestido con una casaca negra y cubierto con un bonete plano. Sin turbarse de modo alguno, Yuan Tche-yu conservó su sangre fría.

—La gente suele decir que los fantasmas son feos —dijo con la mayor indiferencia, dirigiendo una sonrisa a la aparición—. ¡Y tiene toda la razón!

El fantasma, avergonzado, se eclipsó.

Tomado de Yi-king, L. (2007). *Leer X leer. Textos para leer de todo, mucho y ya*. Buenos Aires: Editorial Universitaria de Buenos Aires.

Lieu Yi-king. Autor o autora de origen chino. Este cuento está considerado como un texto de la tradición oriental.

La revolución viene en bicicleta (fragmento)

Laura Fuentes Belgrave

Los niños tomaron las bicicletas, pero Victoria se llevó una sorpresa mayúscula al descubrir que Ernesto no sabía ni cómo montarlas, entonces no llegaron muy lejos, pues la niña le dio una primera lección de muchas a lo largo de las vacaciones. Al final de este período, ambos ya eran capaces de pedalear juntos y sortear el tráfico endemoniado del boulevard, pese a las advertencias de sus respectivos padres sobre el riesgo de incursionar en la zona de conductores. Esta población de nervios destrozados encontró en la muerte del padre de Ernesto y en un par de graves accidentes más, la justificación de una demanda a la municipalidad para exigir la tala de aquellos árboles de Poró nacidos antes del boulevard, de tal forma que se ampliara la calle a dos vías para permitir un tránsito fluido de los vehículos.

De vuelta a clases, la mayoría de los estudiantes comentaba lo escuchado en sus hogares, mostrándose de acuerdo con la tala de los árboles, pues sus progenitores a veces tardaban horas en recogerlos debido a la estrechez del boulevard. Ni Victoria ni Ernesto apoyaban esta medida, pues en sus casas no había auto, ambos llegaban y se iban de la escuela en bicicleta, impulsados por el viento y bañados en florecillas, compitiendo en un alegre juego tanto al despertar el día como a media tarde. Por su parte, la municipalidad enfrentaba diariamente hordas de manifestantes en su edificio, así como unas próximas elecciones que dejaban pocas dudas sobre la decisión a tomar por las autoridades. Los niños, que habían aprendido a rodear las gigantescas raíces arbóreas en sus viajes en bicicleta, a disfrutar de la sombra de los árboles y de la llovizna de flores cotidiana, no concebían el boulevard sin asomo de estas especies nativas, por esta razón, elaboraron un plan para salvar los árboles de Poró.

Cada día, durante aquellos primeros meses del ciclo lectivo, prestaron las bicicletas a una niña o a un niño distinto, mientras esperaban la llegada del adulto de rigor a la salida de la escuela. No se sorprendieron cuando tiempo después, para la celebración del Día del Niño y de la Niña, muchos de sus compañeros contaron alborozados que habían recibido la implorada bicicleta como regalo, era pues, el momento de poner en ejecución la segunda parte del plan de Victoria y Ernesto. Ambos animaron a sus compañeros de diferentes grados escolares a imaginarse al volante de sus respectivas bicicletas, libres al fin del control de sus padres y de la ponzoña diaria del embotellamiento vehicular en el camino a la escuela. El pequeño sueño fue creciendo entre la población estudiantil, hasta el día en que el alcalde decretó la tala de los árboles de Poró con el fin de ensanchar el boulevard.

La fecha de la tala se acercaba y había que actuar rápido, según el plan convenido por los niños. El día que los trabajadores de la municipalidad sacaron sus motosierras y se dirigieron a cumplir la orden del alcalde, niñas y niños de diferentes puntos de la ciudad escondieron las llaves de los autos de sus padres. Cientos de adultos irritados revolvieron sus casas y apartamentos sin encontrar una sola llave, los cerrajeros de la ciudad se saturaron de trabajo y no pudieron dar abasto a la cantidad de llamadas enfurecidas que recibían por minuto, los taxis chocaban entre sí impidiendo el desplazamiento de otros autos y de las puertas de los autobuses colgaban tantas personas que los oficiales de tránsito los detenían para multarlos. Madres primerizas o experimentadas, padres solteros o en unión libre, familias diversas o recompuestas, abuelas consentidoras o gruñonas, abuelos con artritis o dientes postizos, parentela temida o querida, todos y cada uno de ellos no tuvo más opción, ante el insistente ruego de los infantes, que enviarlos a la escuela en bicicleta.

Una marea de dos ruedas con ojos chispeantes inundó las calles dirigiéndose con un fuerte pedaleo hacia la capital. Los empleados municipales aún no comenzaban su labor, las bicicletas se detuvieron a lo largo del boulevard, y éste se vio por primera vez en su historia despojado de humo, bocinazos, ruido de motores y tensiones humanas. Victoria y Ernesto pedalearon con lentitud hacia los árboles, al tiempo que de sus antiguas raíces germinaban nuevos brotes que se enredaron como helechos en sus bicicletas hasta estallar velozmente en las típicas florecillas del Poró. Ambos giraron sonrientes las ruedas de sus vehículos, convertidos ahora en jardines ambulantes, y encabezaron una “bicicleteada” infantil de varios kilómetros hacia la capital, trazando la ruta que más tarde la nueva alcaldesa transformaría en una reluciente ciclovia, mientras las motosierras eran aprisionadas por esas mismas raíces, ante el estupor de los trabajadores de la municipalidad.

Tomado de Fuentes, L. (2001). *Por favor, sea breve, antología de relatos hiperbreves*. España: Editorial Obligado.

Laura Fuentes Belgrave (1978). Poeta, narradora y periodista costarricense. Ha trabajado como periodista, promotora cultural e investigadora. Tiene publicados un libro de poesía *Penumbra de la paloma* y otro de cuentos *Cementerio de cucarachas*.

Revelación genética

María José Restrepo

Toc, toc, toc, los nudillos golpeando el acero, como el sonido del viejo tambor que mi papá toca en días de nostalgia, esa era la señal de que a mi primo, Martín Weiz, ya le quedaba poco aire. De inmediato fui al viejo escritorio que le perteneciera a mi familia, desde mi tatarabuelo, y saqué el papel en que estaba el nuevo código de seis dígitos para abrir la caja fuerte. Mi hermana, Martín y yo hacíamos esto una y otra vez, en intervalos exactos. Era un reto más allá del juego, pues tratar de emular a nuestro tatarabuelo, Erich Weiz, conocido en el mundo de la magia y el escapismo como Harry Houdini, era nuestro sueño secreto...

Conocimos sus hazañas de escapismo porque nuestros padres siempre alardeaban de ellas en toda ocasión. El tatarabuelo Houdini, entonces, se fue convirtiendo para Martín, mi hermana Gladys y yo en una obsesión. No obstante, al llegar los tres a los doce años –pues debo aclarar que somos contemporáneos– nuestros padres empezaron a ocultar todo rastro del tatarabuelo, no se nos permitía preguntar nada y ocultaron las maravillas que nos habían sido reveladas. De hecho, los tres hicimos un pacto, y no renunciábamos a todo aquello que nos mantuviera atados a Houdini. Por supuesto, nuestros padres lo han ignorado en varios años, piensan que lo hemos olvidado. Tenemos fotos, reportajes y algunas prendas de vestir; con todo esto nos disfrazamos, le hemos levantado un altar e impostamos ser él. Suponemos también que en este inmenso caserón, fruto de su herencia, debe haber más elementos que nos acerquen a él.

Al salir de la caja fuerte, Martín infló su pecho con una bocanada de aire y sonrió, pues se había desatado de manos y pies totalmente en menos segundos que la última vez, lo cual era un reto para mí, porque siempre marcaba la diferencia ganándoles. Esa rutina nos hacía reír a carcajadas, sin explicación alguna. En mi caso, era como si no fuera yo. La verdad, no tenía una explicación satisfactoria para ellos, por soltarme cada vez en menos tiempo. En lo que coincidíamos era que meternos en la caja fuerte, heredada también de Houdini, y sentir un poco de ahogo, era uno de nuestros juegos preferidos. Recuerdo que cuando decidimos iniciar estos escapes lo hacíamos todos los días, pero luego el estudio y el trabajo no nos lo han permitido con esa misma frecuencia, mas, aquí estamos de nuevo los tres, de manera inquebrantable. ¡Por fin ha llegado mi turno!, la espera ha sido larga, y mi ansiedad por romper la estadística de Martín es mi aliciente.

Sonriendo, me he metido en la caja para simular serenidad. Pienso, como siempre, que voy corriendo por estos inmensos potreros, que me reconocen desde niño, en una escueta libreta. Esta vez son esposas las que atan mis tobillos. Puedo usar las manos... Ellos cierran la puerta. El espacio lo reconozco apenas, me parece más reducido ahora. He debido encorvarme para hacer las maniobras justas, los movimientos perfectos que me permitan soltarme de las esposas... Pero el espacio no es igual, no estoy logrando hacer la tarea con soltura... Ahora tengo las rodillas pegadas del pecho y la respiración se me dificulta, pues la temperatura ha subido de manera inusual y me invade una nueva ola de calor. No soporto más ... es hora de salir, aunque no me haya soltado...

Toc, toc, toc. Les he dado mi señal... Esta sensación de encierro empieza a desesperarme. Puedo oír mi corazón... Y pareciera tener eco... El espacio me sigue, por alguna razón inexplicable, más reducido... Por mi frente empiezan a resbalar gotas de sudor. Mi respiración se agita con celeridad... Toco más fuerte: Toc, toc, toc... Nada...

Abanico mi rostro con las manos y espero ganar un poco de aire... Estoy muriendo, y ellos ni se inmutan... El pánico y el sudor han hecho que limpie mis manos en mi camisa ... !Oh! ¿Y este papel en mi bolsillo?... !Estoy perdido!... Es la clave...

Sin explicación alguna, logro abrir desde dentro la caja fuerte. Respiro profundo, aunque me siento atontado, como si acabara de despertar de la anestesia después de una larga operación... Siento mis manos más grandes, y en mis tobillos las esposas están abiertas. Martín y mi hermana tienen los ojos desorbitados, y aunque les sonrío, huyen despavoridos... Casi no logro tenerme en pie. Mi cuerpo está más pesado. Debo sostenerme de las paredes de este largo vestíbulo que da a una de las salas de recibo...Quizá Martín y Gladys estén allí...

¡Ah!, el cuerpo me duele intensamente; ya casi llego, lo sé porque casi puedo tocar el espejo de cuerpo entero que linda con la sala, y al pararme frente a él, veo a Harry Houdini que me devuelve la mirada...

Tomado de Restrepo, M. (2012). *Colombia cuenta*. Cartagena: Editorial Delfín

María José Restrepo. (1995). Escritora colombiana, participó con el cuento *Revelación genética* para el Sexto Concurso Nacional de Cuento Colombia cuenta.

